

Dos Años de Destrucción (1)

Patricio Aylwin Azócar.

CELEBRACION PARADOJAL

A comienzos de mes el oficialismo celebró el segundo aniversario de lo que llaman "el triunfo popular". Los festejos, realizados con gran publicidad y mediante el uso desaprensivo de todos los recursos de que un Gobierno puede disponer, estuvieron destinados a ser una **demonstración de fuerza**. Se trató de exhibir ante Chile y el mundo, a través de una aguerida movilización de masas, el apoyo popular con que cuenta el Gobierno del Presidente Allende.

Los festejos tuvieron lugar dentro de un alarmante clima de tensión nacional. Se caracterizaron por la acritud en vez de la alegría, por la organización en vez de la espontaneidad, por un mezquino sectarismo clasista en vez de un patriótico espíritu de solidaridad nacional. En ellos abundaron las consignas amenazantes y variada gama de odiosos denuestos contra los opositores al régimen.

Si se reflexiona sobre lo acontecido en Chile en los últimos meses, no resultan demasiado sorprendentes esos rasgos de dicha conmemoración.

¿Qué podía celebrar el pueblo este 4 de septiembre?

(1) Parte de este artículo corresponde al discurso pronunciado por su autor en el Senado en sesión del 13 de septiembre de 1972.

¿Podía celebrar el cumplimiento de las famosas 40 medidas con que se le prometió la felicidad a corto plazo.

¿Podía celebrar el término de las alzas? ¿El triunfo en la "batalla de la producción"? ¿El buen aprovechamiento nacional de los "excedentes" de las empresas estatizadas?

Todos sabemos que no.

Un sector del pueblo, no todo —sólo el afiliado en los partidos de la llamada Unidad Popular— podía celebrar "**la imagen de poder**" que se le ha creado de sí mismo. Y eso fue, precisamente, lo que celebraron los manifestantes del 4 de septiembre. Así se explica la acritud de los ánimos, la odiosidad de las consignas y la arrogancia demagógica con que el "compañero Presidente" afirmó de sus partidarios que son "los más fuertes, no sólo porque son los más, sino porque **tienen en sus manos la vida económica de Chile**" y sostuvo que "además de conquistar el Gobierno, van conquistando lenta pero firmemente el poder".

No creemos que los conductores del oficialismo se engañen a sí mismos y pretendan engañar a Chile con sus palabras jactanciosas. Ellos saben muy bien que si el país se detuvo en la tarde del 4 de septiembre, no fue sólo por la decisión de sus adeptos, sino también por la voluntad de sus opositores, quienes optaron por retirarse a sus casas para prevenir cualquier riesgo de incidentes. Saben que, en cuanto manifestación de fuerza, los desfiles de esa tarde no tuvieron para ellos

nada de halagüeño. En cuanto a su número, por que suponiendo que hubiesen marchado en filas de veinte personas por segundo —lo que es mucho exagerar— habrían necesitado más de 11 horas ininterrumpidas para pasar los 800.000 con que se ha fantaseado, y, en cuanto a su espíritu, porque fue ostensible la falta de entusiasmo y aun indiferencia de la mayoría de los concurrentes.

La verdad es que la gran mayoría de los chilenos, incluso obreros y campesinos, no participaron en esos festejos. Prefirieron irse tranquilos a sus casas, porque tienen más motivos de tristeza que de alegría, de decepción que de esperanza, de angustia que de entusiasmo.

EL REGIMEN DE LA ESCASEZ

Diariamente las dueñas de casa escuchan en la radio o la televisión, o bien en la prensa, que la producción nacional crece como nunca. Pero, desde hace meses, cada día les cuesta más adquirir lo que necesitan para la vida diaria. Algunos bienes indispensables sólo se consiguen haciendo largas colas, otros no logran obtenerse, o se hallan clandestinamente en el mercado negro a precios imposibles para el ingreso de un trabajador.

Vivimos bajo el régimen de la escasez.

En los hogares de la mayor parte de los empleados, obreros y campesinos, suena a sarcasmo la propaganda oficialista que invoca como causal del desabastecimiento un "mayor poder de

consumo" de los trabajadores. Cierto fue que el año pasado dispusieron de más dinero para sus gastos; pero eso ya es historia antigua y la vida se hace cada vez más difícil.

Si fuera cierto que ha aumentado la capacidad de consumo de los sectores más pobres, querría decir que éstos estarían ahora comiendo más que antes, vistiéndose mejor, habitando mejores viviendas. Pero nada de esto ocurre, porque los bienes que los hogares necesitan no se encuentran, o sus precios han subido a la estratosfera.

EL REGIMEN DE LAS ALZAS

A pesar de los reajustes de remuneraciones que ha otorgado este Gobierno, el costo de la vida ha aumentado mucho más que el ingreso de los trabajadores.

Basta recordar que el reajuste de 22 por ciento otorgado en enero de este año quedó totalmente absorbido por las nuevas alzas de precios en el mes de mayo y que desde entonces hasta ahora dichas alzas se han multiplicado más que al doble.

Si comparamos la variación de las remuneraciones de los trabajadores chilenos entre agosto de 1970 y agosto del presente año y el aumento de los precios de algunos bienes de primera necesidad y gran demanda en el mismo período, advertiremos cuán gravemente ha disminuido la verdadera capacidad adquisitiva de sueldos y salarios. Dos cuadros preparados por la Oficina de Informaciones del Senado comprueban este aserto.

CUADRO I

I.— Sueldo Vital Departamento de Santiago (Esc. A.); Salario Mínimo Obrero (diario) Industrial y agrícola; cotización dólar Mercado de Corredores e Índice de Precios al Consumidor.

	1970	1972	% Variación
—Sueldo Vital Depto. Santiago (Esc. A)	E° 617,41	1.016,96	64,71%
—Salario Mín. Industrial y Agrícola Obreros (diario)	E° 12,00	30,00	150,00%
—Cotización del dólar (mercado corredores, comprador) (1)	E° 14,33 (2)	85,00 (3)	493,16%
—Índice Precios al Consumidor	E° 129,49 (2)	269,43 (3) (4)	108,1 % (4)

Fuentes.— Comisión Central Mixta de Sueldos, Banco Central de Chile e Instituto Nacional de Estadísticas.

Nota.—(1) Los valores del dólar no incluyen impuesto compraventas, que es de aproximadamente 53%.

Nota.—(2) Agosto 1970.

Nota.—(3) Agosto 1972. (4) Cifras aproximadas. No oficiales.

CUADRO II

Variación de precio de algunos productos considerados en el Índice de Precios al Consumidor, de gran demanda y alta ponderación, tomados al azar.

Producto	Ponderación I. P. al C.	PRECIO		Variación %
		Agosto 70	Agosto 72	
Escudos				
Lomo (vacuno) Kg.	1,13	E° 25,69	E° 120,00	367%
Cazuela de vaca Kg.	1,94	4,68	10,00	113
Cazuela cordero Kg.	0,24	13,24	40,00	202
Chuleta chancho Kg.	0,12	20,97	50,00	138
Pollo faenado Kg.	1,54	13,09	33,00	152
Leche Ltr.	0,33	0,84	3,50	317
Azúcar granulada Kg.	1,57	3,24	12,00	270
Pan corriente Kg.	1,32	1,40	6,40	357
Cigarrillos Unidad	1,85	3,69	7,43	101
Cerveza Botella	0,24	1,38	3,00	117
Coca Cola, botella fam.	0,18	2,20	4,70	114
Porotos Kg.	0,33	4,37	9,00	106
Arroz Kg.	0,67	2,80	7,10	154
Televisor 23"	0,76	5.332,40	12.000,00	125

Fuente: Oficina de Informaciones del Senado, Instituto Nacional de Estadísticas. Diarios oficiales.

Del primero de estos cuadros resulta que en agosto de 1970 el salario mínimo de un obrero —12 escudos al día—, equivalía a casi un dólar del mercado de corredores, mientras que el actual, de 30 escudos, apenas alcanza a 35 centavos de dólar.

En cuanto al sueldo vital de un empleado, que representaba alrededor de 47 dólares mensuales, ahora equivale apenas a 12 dólares.

De la comparación de ambos cuadros se desprende que mientras el sueldo vital aumentó en dos años 64,71% y el salario mínimo de obreros y campesinos 150%, el precio del pan ha subido 357%, el de la leche 317%, el de la carne 361% y el del azúcar 270%.

Con el salario de un día, en agosto de 1970 un obrero podía comprar 8,5 kilos de pan, ó 14 litros de leche, ó 3,7 kilos de azúcar. Ahora sólo le alcanza para 4,6 kilos de pan, u 8,5 litros de leche, ó 2,5 kilos de azúcar.

Más dramática aún es la disminución del poder de compra de un modesto empleado que gana un sueldo vital, según aparece en el siguiente cuadro, también preparado por la Oficina de Informaciones del Senado:

CUADRO III

Cantidad de artículos que se podían comprar con un sueldo vital escala A de Santiago en agosto de 1970 y en agosto de 1972.

	Agosto 1970	Agosto 1972
Un sueldo Vital	E° 617,41	E° 1.016,96
Lomo (vacuno)	24,0 Kilos	8,5 Kilos
Cazuela cordero	46,0 Kilos	25,0 Kilos
Pollo faenado	47,0 Kilos	25,4 Kilos
Azúcar granul.	190,6 Kilos	84,8 Kilos
Arroz	220,0 Kilos	143,0 Kilos
Leche	735,0 Litros	290,0 Litros
Pan corriente	441,0 Kilos	158,9 Kilos
Cerveza botella	447,0 Botellas	339,0 Botellas
Porotos burros	141,0 Kilos	113,0 Kilos

Quizás nunca, en un lapso tan corto, el costo de la vida ha subido tan exageradamente como ahora. En estricta propiedad este Gobierno que llegó al poder denunciando el alza del costo de la vida como "un infierno en los hogares del pueblo y, en especial, para la dueña de casa", pasará a la historia como "el régimen de las alzas".

Se pretende por los personeros oficialistas tranquilizar la desesperación de las familias frente a la inflación desatada, ofreciendo un reajus-

te tras el cual se produciría una "estabilización a nuevo nivel". Pero la gente tiene justificadas razones para recibir esas promesas con escepticismo: esa misma "recta" fue anunciada en otros tiempos por un Gobierno derechista y resultó fallida; la experiencia histórica demuestra que los reajustes masivos no acompañados de un efectivo incremento de los bienes disponibles generan nuevas presiones inflacionistas y, finalmente, el cuadro de nuestra economía no muestra síntoma alguno que permita esperar para el futuro próximos incrementos en la producción o en las importaciones capaces de equilibrar la oferta de mercaderías con la mayor demanda que provocarán los reajustes.

EL REGIMEN DEL MERCADO NEGRO

Durante años y años, quienes ahora detentan el Poder atribuyeron todas las alzas de precios a agiotaje, del que culpaban especialmente a los "grandes monopolios de la distribución", responsabilizando a los Gobiernos de la época de complicidad o, al menos, de tolerancia con los especuladores.

¿Cómo se explica, entonces, que bajo el actual Gobierno las alzas se agraven?

Para eliminar a los "grandes pulpos" del comercio mayorista, este Gobierno ha adquirido casi todas las empresas distribuidoras, formando con ellas un monopolio estatal de la distribución: DINAC. ¿Es éste el nuevo pulpo que especula ahora?

Debemos entender que la fijación oficial de nuevos precios que se ha estado haciendo últimamente respecto de la mayor parte de los artículos de primera necesidad y de uso o consumo habitual, no importa más que el necesario reconocimiento del alza de sus costos de producción.

Pero la verdad es que al lado del comercio regular, a la luz del día, ha surgido de manera impresionante un "mercado negro" donde se encuentran, a precios aún mayores, muchas de las cosas que en el primero más escasean.

¿Dónde se nutre ese "mercado negro"? ¿Quiénes son sus actores? ¿Quién lo permite?

No es un misterio que en las colas para adquirir productos de ciertas empresas estatificadas, requisadas o intervenidas, hay clientes habituales que no son comerciantes establecidos y compran para revender. ¿Cuántos son los privilegiados que reciben cuotas especiales? ¿Cuántos "hombres nuevos" están mejorando sus ingresos y hasta enriqueciéndose por el simple arbitrio de

interventores, funcionarios, empleados o dirigentes laborales que les son benevolentes? ¿Cuántos "vivos" se están aprovechando? ¿Cuántos trabajadores están siendo corrompidos? ¿Qué cajas se están formando?

Algo huele a podrido en este asunto.

EL REGIMEN DE LA INEFICIENCIA Y LA FLOJERA

Se agrava esta realidad por la pasmosa ineficiencia administrativa que revelan los equipos del oficialismo dondequiera que se hacen cargo de cualquier tarea productora.

Incapacidad, desorganización, indisciplina y flojera son síntomas ostensibles en múltiples reparticiones de la Administración del Estado y en gran parte de las empresas incorporadas al área social. Estos síntomas se traducen en bajo rendimiento y elevación de los costos, cuando no también en deterioro o grave daño del propio capital productivo.

En esta misma Sala hemos sido informados de los errores y torpezas cometidos en el manejo del "sueldo de Chile" —nuestro cobre nacionalizado— errores y torpezas que ocasionan graves pérdidas al país.

Otro tanto se podría decir de la gestión del área agrícola reformada, cuya exasperante ineptitud causa pena y alarma, porque afecta al "pan de Chile" y, en consecuencia, pone en peligro la alimentación de los chilenos.

Pero tal vez la muestra más reveladora sea la que proporcionan las empresas que por compra, requisición, intervención o nacionalización, han sido, de hecho o de derecho, incorporadas al área de propiedad social. Todas ellas —o casi todas— dejaban importantes márgenes de utilidad. Su transferencia al Estado tuvo precisamente por principal objeto la captación de sus excedentes, a fin de reunir recursos para ampliar la capacidad productiva instalada en el país.

Aunque no ha sido posible que la opinión pública conozca los balances de esas empresas, sea porque no se han hecho o porque se mantienen ocultos, nadie discute —como señaló el Honorable señor Baltra en esta Sala hace más de un mes, sin que se le haya desmentido— "que el área de propiedad social no está arrojando excedentes, sino déficit o pérdidas". En reciente estudio publicado por el Taller de Coyuntura de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Chile, se dice al respecto: "De las empresas ya controladas por el Estado, al parecer ninguna ha logrado siquiera mantener el volumen

real de excedentes que obtenían cuando se en-contraban en manos privadas. En algunos casos, a pesar de que ahora el Estado puede aprovecharse teóricamente de la totalidad del excedente, percibe menos de lo que captaba cuando su participación se limitaba al impuesto tradicional sobre las utilidades, y en varios casos sólo se han conseguido pérdidas”.

EL REGIMEN DEL DESPILFARRO

A la trágica ineficiencia señalada, debe agregarse la prodigalidad de nuevos ricos con que los “hombres nuevos” despilfarran los recursos del Estado.

Una de las tradiciones más honrosas que a lo largo de la historia patria consagraron nuestros gobernantes fue la sobriedad en su propia vida y el más riguroso escrúpulo en el manejo del erario. El ejemplo de O'Higgins y Portales, en cuanto a pobreza personal y celoso cuidado de los caudales públicos, hizo escuela en el Gobierno y administración de Chile.

Ha correspondido a este Gobierno, que se dice popular, el triste honor de romper abruptamente esas tradiciones. Ninguno de sus antecesores fue tan generoso o “poco fijado” —como se dice entre nosotros— para gastar el dinero del Fisco. La escasez de recursos propia de un país pobre como el nuestro, parece no ser obstáculo de ninguna especie para quienes ahora nos gobiernan.

Se explica así que, a poco más de un año, se agotaran las reservas de divisas, de más de 450 millones de dólares, que el Gobierno del Presidente Frei dejó en las arcas del Banco Central. Y ahora la crisis de divisas es tan grave que no podemos importar ni siquiera los repuestos necesarios para el funcionamiento de vehículos y maquinarias.

Hace casi un mes denuncié aquí mismo la situación producida en Celulosa Constitución, empresa mixta que está instalando una importante industria en mi zona y que el Presidente de la República señaló en un discurso como ejemplo de esfuerzo trascendente para el desarrollo nacional. Por falta de divisas no ha podido pagar en el exterior compromisos por adquisiciones del orden de un millón doscientos mil dólares; se le ha retenido la entrega de elementos para su construcción, otros le han sido embargados y su crédito está sufriendo irreparable deterioro. A pesar de que mis observaciones fueron comunicadas al Jefe del Estado, la situación no se soluciona hasta ahora, lo que sólo puede explicarse por un

agotamiento casi total de las divisas con que cuenta el país.

Expresión también de esta prodigalidad, en otro plano, es la asombrosa liviandad con que el actual Gobierno endeuda al Fisco con el Banco Central mediante las emisiones más cuantiosas que se han conocido en nuestra historia.

PAN PARA HOY, HAMBRE PARA MAÑANA

Lo más grave es que la misma despreocupación que el régimen imperante ha demostrado para gastar en demanda, lo ha llevado a ser excesivamente parco en invertir. Como se ha señalado en esta Sala, el año último la importación de maquinarias y equipos bajó casi un 17 por ciento y a pesar de los anuncios oficiales de “un ambicioso plan de inversiones” para este año, esa situación empeora cada día.

Esto está ocasionando paralización de actividades por falta de repuestos, y significa que Chile, en vez de aumentar su capacidad de producción para el futuro, la está deteriorando seriamente.

Es decir, la irresponsabilidad con que se destinan las divisas y demás recursos disponibles al consumo inmediato prefiriendo las exigencias de inversión, significa que se ha sacrificado el futuro al presente. Pan para hoy, hambre para mañana.

El pueblo ya está sufriendo las consecuencias de esa irresponsabilidad. Los hechos han probado que si el Gobierno pudo jactarse de haber aumentado la producción y el consumo popular durante su primer año, lo hizo al precio de afectar gravemente la capacidad productiva del país, hoy manifiestamente disminuida.

FALSAS DISCULPAS

Para intentar disculparse del desastroso fracaso de su política económica, quienes gobiernan buscan eludir su responsabilidad con una cortina de humo de pretextos efectistas.

Ovidando totalmente la tan cacareada “auto-crítica”, rehuyen tomar sobre sí ninguna cuota de culpa. Como el cojo con el empedrado, descargan toda la culpa de sus torpezas sobre los demás o sobre hechos tales como accidentes climáticos o circunstancias internacionales.

La “agresión exterior” y la “obstrucción opositora” son los principales argumentos que el oficialismo invoca en su descargo. El propio Presi-

dente de la República alude en casi todos sus discursos a las "agresiones externas o internas" de que su Gobierno estaría siendo víctima.

La verdad es que éstos no pasan de ser falsos pretextos.

Si verdaderamente Chile fuera objeto de cualquier clase de agresión foránea, sea en forma de amenaza, bloqueo o cualquier otra acción de otros Estados en perjuicio de nuestra patria, el Gobierno tendría el deber de decirlo claramente a los chilenos, proporcionar al Congreso Nacional todos los antecedentes de tales agresiones y formular los correspondientes reclamos en resguardo de la independencia y autodeterminación de Chile ante los organismos internacionales.

Como nada de esto ha ocurrido, ni el Gobierno ha explicado jamás en qué consistiría esa agresión, ni el normal desenvolvimiento de las relaciones internacionales de Chile permite suponer ningún conflicto, debemos entender que tal agresión no existe.

En cuanto al supuesto obstruccionismo de la Oposición, para desmentirlo basta con señalar dos hechos:

1º Que aparte las iniciativas sobre los Tribunales Populares, Cámara Unica y Ministerio del Mar, todos los proyectos presentados por el Ejecutivo han encontrado favorable acogida en el Congreso, donde la mayoría opositora, a la cual se acusa de "obstruir", los ha aprobado y despachado, a pesar de la ausencia, en muchos casos, de los propios parlamentarios de Gobierno, y

2º Que toda la política económica del actual régimen se ha realizado al margen del Congreso, mediante decisiones meramente administrativas de la exclusiva responsabilidad del Gobierno, el cual no ha sometido a la consideración del Parlamento ningún proyecto de ley sobre la materia.

LAS VERDADERAS CAUSAS

No es, pues, en esos falsos pretextos donde ha de encontrarse la explicación de la fracasada política gubernativa. Otras son las verdaderas causas. Aparte de ineptitud o incapacidad de sus "mandos medios", las principales razones radican en el **objetivo de poder** que ha determinado toda esa política y en el **espíritu totalitario** que caracteriza la conducta de los sectores dominantes de la llamada Unidad Popular.

La tesis de "la conquista de la totalidad del poder" como meta principal de toda la acción del oficialismo, ha sido reiteradamente anunciada por sus personeros más representativos y en múlti-

ples documentos oficiales de los partidos de Gobierno. El Secretario General del Partido Socialista, Senador Altamirano, y el Secretario General del Partido Comunista, Senador Corvalán, con distinto énfasis, han insistido en ella reiteradas veces.

Según esa tesis, de claro fundamento marxista-leninista, el Gobierno sólo significa para la Unidad Popular una parte del poder, y para llevar a completo término la revolución sería necesario conquistar también el Congreso, los tribunales de justicia, los medios de comunicación de masas y, sobre todo, el poder económico y el control total de las bases sociales. Sólo así se lograrían las condiciones de suficiente hegemonía, sin trapesos, que los estrategias comunistas, socialistas, miristas y mapucistas —cualesquiera que sean otras diferencias entre ellos— estiman indispensable para imponer el socialismo en Chile.

Porque los "hombres nuevos" no se singularizan por su respeto a quienes no comparten sus criterios —base de toda convivencia verdaderamente democrática—, ni por su espíritu de conciliación, ni por la humildad para admitir que puedan no tener "toda la razón". Son, en consecuencia, hombres anímicamente totalitarios y, por lo tanto, sectarios, intolerantes, soberbios y atrabiliarios.

Es en estos hechos donde debe buscarse la raíz profunda de la destrucción económica y moral que el régimen de la llamada Unidad Popular está provocando en nuestra patria. Si todo se subordina a "la tarea fundamental" de conquistar "la totalidad del poder" y al propósito de poner de manifiesto en cada oportunidad que el Gobierno "se la puede" e impone su voluntad, es obvio que los resultados de su política en cuanto al bien común de Chile son sacrificados por esos objetivos meramente partidistas.

POPULISMO DEMAGOGICO

Es evidente que la conducción económica y la creación del área de propiedad social llevan el sello de los referidos rasgos tipificantes.

En un reportaje sobre Chile publicado por "Le Monde" en junio último, se pone en boca del señor Subsecretario de Economía la confesión de que "toda la política económica del actual Gobierno está dirigida a un objetivo fundamental: la conquista del poder".

Los estrategias del marxismo-leninismo creyeron en un comienzo que el logro de ese objetivo sería fácil mediante una simple demagogia populis-

SECTARISMO EXCLUYENTE

ta. De ahí la política de violento aumento del consumo que se puso en práctica, totalmente reñida con las severas normas de restricción y ahorro que supone la planificación económica socialista.

Se esperó ganar por ese camino para el Gobierno tal grado de adhesión popular que le permitiera conquistar, mediante un plebiscito, la mayoría del Parlamento, antes que esa política produjera sus inevitables consecuencias de inflación y desabastecimiento.

Las derrotas del oficialismo en las elecciones complementarias de Valparaíso primero, de Linares y de O'Higgins y Colchagua después, significaron el agotamiento de esa estrategia. Así se explica que después de ellas los personeros de la llamada Unidad Popular no hayan vuelto a hablar de "plebiscito" y, por el contrario, lo estén rehuendo a toda costa en relación con la reforma constitucional sobre las áreas de la economía.

Pero reconocer su error y rectificar su política resultaba incompatible con el espíritu totalitario del régimen. Sus estrategias prefirieron "jugarse el todo por el todo", perseverando hasta el final en la misma política, cualesquiera que sean las consecuencias. Esperan "el milagro" de que nuevos reajustes masivos en vísperas de las elecciones generales de marzo próximo puedan permitirles recuperar la adhesión popular suficiente como para conservar en sus manos los bastones de mando.

La otra pata de esta política ha sido la toma del poder económico por la vía de la estatificación de los bancos, la requisición e intervención de industrias, el monopolio estatal del comercio mayorista y el claro intento de reducir por la asfixia a la empresa privada independiente. Todo esto se ha hecho más con intención política que con criterio técnico, sacrificando la eficiencia al objetivo de poder, sin reparar en costos ni preocuparse en lo mínimo de los graves daños que se causen a la población ni al país. A pesar de los llamados ampulosos a "ganar la batalla de la producción", lo verdaderamente importante no ha sido el rendimiento ni el incremento de la capacidad productiva de Chile. Lo que ha interesado sobre todo es "destruir el poder de la burguesía", grande, mediana o pequeña, e implantar el poder sin contrapeso de los partidos marxista-leninistas, disfrazado de poder de los trabajadores.

Resulta sorprendente que esta política, que ha sido llevada a la práctica con implacable frialdad y cinismo, no haya dado al oficialismo los frutos que esperaba en cuanto a respaldo popular.

La angustia que provocan en los hogares el desabastecimiento y la carestía de la vida explican, en parte, el descontento generalizado en todos los sectores de la población nacional.

La ineptitud y deshonestidad de muchos interventores, coordinadores, funcionarios y comisarios políticos, y la inconsecuencia entre su manera de vivir y sus palabras revolucionarias han creado un clima de escepticismo y desconfianza frente a la experiencia económica estatista entre los propios trabajadores.

Pero, sobre todo, ha sido el insano sectarismo de que hacen gala los hombres del régimen, tantas veces confesado pero nunca corregido, lo que ha generado la mayor resistencia frente al Gobierno.

Tanto en el plano de las estructuras institucionales como en el de la base social, los militantes y dirigentes de la llamada Unidad Popular exhiben una rara incapacidad de convivir en un plano de respeto mutuo y leal colaboración con quienes no comparten incondicionalmente sus posiciones.

Aunque en nuestro tiempo se hable mucho de "diálogo", en la realidad chilena actual éste resulta imposible, porque se estrella con el afán de los "hombres nuevos", manifiesto o solapado, de imponer a toda costa sus criterios, sea intentando "apabullar" al contradictor, sea tergiversando las actitudes de éste para desprestigiarlo ante la opinión pública, sea lisa y llanamente engañándolo.

Esta "desconformación ontológica" de los "hombres nuevos", los induce a rechazar toda discrepancia como delito de lesa patria, a contestar las críticas con insultos, a promover campañas sistemáticas para desacreditar a los adversarios como "enemigos del pueblo", a embestir contra el Congreso Nacional, el Poder Judicial, la Contraloría General de la República y cualquier institución que se atreva a mantener cierta independencia frente al oficialismo, y a usar del amedrentamiento y la violencia como método para intentar imponerse.

Estos procedimientos, habituales en el periodismo gobiernista, tanto en diarios y revistas como en radios y televisión, son también los característicos de la acción de los militantes de la U-

mada Unidad Popular en las juntas de vecinos, centros de madres, organizaciones sindicales y campesinas y en el seno de las empresas estatificadas, requisadas o intervenidas.

Naturalmente, esta forma de proceder no granjea ninguna clase de simpatías a los "hombres nuevos" ni es la más adecuada para obtener la colaboración de otros sectores. Por el contrario parece precisamente destinada a excluir a los demás de la tarea de construir en Chile una nueva sociedad, como si ella fuera misión exclusiva del oficialismo.

Es así cómo, desde la base social hasta la dirección de la política nacional, se ha ido produciendo un profundo divorcio en la comunidad chilena: por un lado, los militantes oficiales del marxismo-leninismo, y quienes les sirven de comparsa o aceptan ser sus incondicionales por el otro, quienes son calificados derechamente de "enemigos" —principales o secundarios— y quienes reciben el mote de servidores de la burguesía o el imperialismo, contra los cuales se desencadena, sutil o abiertamente, una sistemática persecución y discriminación.

DESPRECIO A LA LEGALIDAD

Aunque el ciudadano Presidente de la República llegó a su cargo en virtud del compromiso solemne que contrajo, "ante su conciencia y ante la historia", de ajustar integralmente su conducta de gobernante a la Constitución y las leyes de la República, y aunque no pierda oportunidad para protestar de su respeto a la legalidad, lo cierto es que en los veintidós meses del actual régimen el país ha ido presenciando un proceso progresivo de menosprecio y atropello a los principios y reglas esenciales del orden jurídico chileno.

Sería tarea de nunca acabar, el intento de hacer un enunciado más o menos completo de las innumerables ilegalidades y abusos de derecho cometidos por el Gobierno y la Administración durante estos meses. Están en la conciencia de la mayoría de los chilenos.

El amparo a las "tomas" y otras tropelías de determinados grupos violentistas, la resistencia a constituir asentamientos y asignar tierras a los campesinos dentro del área reformada, los expedientes abusivos para silenciar radios y diarios no afectos al oficialismo, el frecuente desconocimiento del derecho de reunión, el uso sistemático de la requisición y la intervención de empresas como medio de estatificarlas; la discrimi-

nación habitual entre partidarios y contrarios en la aplicación de la ley, son algunas de las principales manifestaciones de la pendiente de ruptura del Estado de Derecho por el cual se ha lanzado la combinación gobernante.

Esta conducta, que está privando al Gobierno del Presidente Allende del título de legitimidad que tuvo por su origen, es una expresión más del afán de poder y del espíritu totalitario que caracterizan al marxismo-leninismo. Dentro de sus concepciones, lo que llaman "la institucionalidad burguesa" no es sino un estorbo que entraba la acción del Gobierno y le impide acaparar en sus manos la totalidad del poder y ejercerlo despóticamente. Así lo ha dicho de manera enfática el Partido Socialista en múltiples oportunidades, y así lo demuestra en los hechos, con la acción de sus militantes, aunque no lo diga, el Partido Comunista.

RECHAZO A LA DISCREPANCIA Y MIEDO A LA VERDAD

Otra expresión más de la tendencia totalitaria del oficialismo es su abrupto rechazo a toda discrepancia.

Quienes se sienten encargados de imponer a toda costa el que creen o proclaman "único camino", buscan ganarse las conciencias del mayor número de gentes mediante formas francas o sutiles de penetración ideológica. No otra cosa persigue la intensa campaña de "concientización" a que este régimen nos está habituando y para la cual se vale de todos los recursos del Estado, incluso la televisión nacional y la educación pública.

Pero estos esfuerzos "concientizadores" no logran plenos resultados y se ven en gran medida neutralizados si los ciudadanos tienen otras fuentes de información que contradicen las versiones oficiales y los planteamientos de los prosélitos del régimen.

A medida que el Gobierno ha ido avanzando en su política, han ido quedando más al descubierto las contradicciones entre lo que dice y lo que hace. Las palabras más solemnes del propio Presidente de la República han sido con inusitada frecuencia desmentidas por los hechos. Aunque resulte penoso expresarlo, bien podría calificarse al actual como "el régimen de la mentira". Lógico es, en consecuencia, que cada día los chilenos crean menos a los personeros de este régimen. Ya no es digno de crédito.

En lugar de hacer lo necesario para recuperar

su crédito, el oficialismo ha preferido lanzarse por el camino de forzar a Chile a aceptar como verdad lo que él quiere. A eso se dirige el intento desembozado de impedir que la opinión pública conozca otras opiniones, traducido en el cierre de radios, en la supresión del programa "A tres bandas", en el empeño de apoderarse de la producción del papel de imprenta, en la intervención y abusivo manejo del diario "La Mañana", de Talca, en las prohibiciones y obstáculos que está oponiendo a las manifestaciones públicas de la Oposición.

La llamada Unidad Popular y su Gobierno tienen miedo a la verdad. Temen enfrentarse con ella. No quieren que al reunirse públicamente los hombres y mujeres de la Oposición, quede de manifiesto cómo el oficialismo retrocede en su condición de minoría. Y no quieren escuchar, ni que Chile escuche, la real verdad de la mayoría.

LA VIOLENCIA Y EL ODIOS

Quien no tiene argumentos ni la honradez de reconocer su error, insulta. Quien quiere imponer a toda costa la razón de su sinrazón, recurre a la fuerza.

Esto es lo que está pasando con el oficialismo. Incapaz de verdadero diálogo, dominado por su "idea fija" de ganar "la totalidad del poder", carente de toda grandeza moral para admitir sus fallas, cae en la violencia. Violencia verbal o violencia física. Insultos, amenazas, provocaciones, asaltos, atentados, agresiones y asesinatos. Son grados distintos del mismo fenómeno: el reemplazo de la razón por la fuerza.

Todo el oficialismo, en mayor o menor medida, se ha ido comprometiendo progresivamente en este camino. La diferencia entre sus diversos sectores es sólo cuestión de grados. Los comunistas se quedan en la violencia verbal y la amenaza, de que diariamente dan testimonio "El Siglo" y "Puro Chile". Los socialistas van más lejos. Los miristas llegan a los últimos extremos.

Es útil recordar en esta hora, para entender lo que sucede, que el marxismo-leninismo chileno, encabezado por el actual Presidente de la República, participó en agosto de 1967 en la Primera Conferencia de OLAS y concurrió a adoptar la Resolución General sobre el Punto I de la Agenda: "La lucha revolucionaria antimperialista en América latina", en la que se establece, entre otras cosas, lo siguiente:

"El primer objetivo de la Revolución popular en el continente es la toma del poder mediante la

destrucción del aparato burocrático y militar del Estado y su reemplazo por el **pueblo armado** para cambiar el régimen socio-económico existente. Este objetivo sólo es alcanzable a través de la **lucha armada**, que será feroz y sin cuartel, contra los ejércitos de las oligarquías".

Poco tiempo después, uno de los más capaces teóricos del marxismo-leninismo chileno, dirigente socialista, Clodomiro Almeida, actual Ministro de Relaciones, en entrevista publicada en un apartado del N° 42 de la revista "Punto Final", hecha por el periodista Augusto Olivares, actual asesor del Presidente de la República y Director del Canal Nacional de Televisión, decía lo siguiente:

"No creo que en Chile sea la guerrilla la forma fundamental en que ha de expresarse la violencia revolucionaria. En este país existe un real proceso político que ha ido integrando, con mayor intensidad, sobre todo en los últimos años, a cada vez más capas de la población en su seno"... "La fase superior de la lucha política, que es **la violencia revolucionaria**, no surgirá aquí de un foco externo a ese proceso político, como sería el foco guerrillero típico definido por Debray, sino a la inversa, **emergerá como resultado de la agudización y del calentamiento al rojo del proceso político vigente**".

Absolutamente consecuentes con esos planteamientos son los conceptos desarrollados sobre la materia en múltiples documentos del Partido Socialista, entre los que merece destacarse el **Informe Político** preparado para el Pleno de marzo del presente año. En él se leen conceptos como los que a continuación cito: "El Estado burgués en Chile no sirve para construir el socialismo, y es necesaria su destrucción. Para construir el socialismo, los trabajadores chilenos deben ejercer su dominación política sobre la burguesía, deben **conquistar todo el Poder** y arrancarle gradualmente todo el capital. **Es lo que se llama dictadura del proletariado**. No lo hemos establecido así en el Programa de la Unidad Popular, pero el Partido Socialista no ha desestimado este aserto histórico leninista". Otro: "Para los revolucionarios la solución no está en esconder o negar el objetivo de la toma del Poder y del socialismo, sino en educar y preparar a las masas para lograrlo; si la revolución implica un **tránsito violento** en cualquier etapa, lo correcto no es negar la revolución a nombre del "menor costo", sino **enfrentar la violencia organizadamente**, que es la única forma de que el pueblo sufra menos y que el costo social sea menor". Otro párrafo: "**Rehuir el enfrentamiento** en los diversos planos de la actividad social y política, desmovilizar las masas, preten-

der moderar la lucha de clases, **constituye un gravísimo error**". Finalmente, el siguiente: "Para nosotros, socialistas, cada pequeño triunfo eleva el nivel del próximo choque, hasta que lleguemos al momento inevitable de definir **quién se queda con el Poder en Chile**, al momento de **dilucidar violentamente** entre el Poder de las masas y el de las fuerzas reaccionarias internas, apoyadas por el imperialismo yanqui".

Estos conceptos expresan claramente la filosofía del régimen que está gobernando el país o, por lo menos, de sus principales dirigentes. Esa filosofía explica la ola de violencias que ha vivido Chile en estos dos años. Tengo aquí a la mano una lista de enfrentamientos y hechos de violencia ocurridos a contar del 4 de septiembre de 1970, que arrojan 43 muertos en 22 meses del Gobierno llamado "popular".

EL CUENTO DEL LOBO

Frente a estos hechos ¿qué valor tienen las cotidianas acusaciones que el oficialismo lanza contra sus opositores denunciando supuestos actos sediciosos?

El país ya se ha habituado a los frecuentes denuncias, orquestados con la máxima publicidad, sobre supuestos atentados, planes tenebrosos, complotos y otras maniobras delictuosas con que la reacción, los monopolios, el imperialismo o el facismo tratarían de derribar al Gobierno o de asesinar al Presidente de la República.

Pero salvo uno o dos casos de poca monta, en que tales denuncias han tenido algún fundamento en la conducta descabellada e intrascendente de uno o más aventureros, el tiempo ha dejado en descubierto que esas campañas publicitarias carecían de base, que no había tales atentados ni conspiraciones, y que sólo se trató de cortinas de humo para desviar la atención de la opinión pública o de avivar el fuego para movilizar a las huestes partidarias.

¿Qué fue de la lista de potenciales asesinos del Sr. Allende, que éste denunció con gran escándalo y dijo haber "protocolizado en una nota" aún antes de ser elegido? ¿Qué fue de las "bombas" que se habrían colocado para atentar contra su vida en las cercanías del Palacio Presidencial de Viña del Mar? ¿Qué fue del "incendio del Estadio Chile" denunciado como otro intento contra la vida del ciudadano Presidente? ¿Qué fue del famoso "contrabando de armas del Puelche" con que se quiso distraer a la ciuda-

danía del horror que le causó el vil asesinato de Edmundo Pérez Zujovic? ¿Qué fue del ridículo "complot del pastel de choclo", en el que se me quiso comprometer? ¿Qué fue del "asalto a la Moneda" por el Rector Edgardo Boeninger y algunos profesores y estudiantes de la Universidad de Chile?

En muchos de esos casos el Gobierno tenía tal conciencia de su farsa, que ni siquiera dedujo acción judicial ante los Tribunales. En los demás, las investigaciones realizadas por la Justicia han demostrado la falsedad y absoluta falta de fundamento de esas denuncias.

Ahora se ha denunciado, por el propio Jefe del Estado, un tenebroso "Plan Septiembre", englobando en ese denuncia un cúmulo de hechos tan diversos como el paro del comercio, las peticiones económicas del gremio del rodado, las protestas estudiantiles por la politización de los servicios educacionales, las opiniones expresadas por políticos o periodistas en programas radiales o de televisión y algunos de los hechos de violencia ocurridos en el último tiempo en distintos puntos del país. Pero la denuncia, que nuevamente ha servido como pretexto para llamar a las masas a movilizarse, aparece tan vaga, confusa y aún incoherente, que uno tiene derecho a pensar que se trata de una nueva cortina de humo para apartar la preocupación de la gente de la desorbitada carrera de alzas que el Gobierno está precipitando.

Porque tanto ha hablado este Gobierno de "sedición", que recuerda la torpe treta del cuento del lobo. Ha perdido el derecho a ser creído.

Tengo aquí a mano el diario "El Siglo" del 10 de septiembre de 1971, hace ya un año. En primera página, con grandes caracteres, se publicaba un llamado de la Comisión Política del Partido Comunista a dar "RESPUESTA CATEGORICA A LA ESCALADA SEDICIOSA". ¿Y en qué consistía esa "escalada sediciosa"? Según su texto, en unas declaraciones del Sr. Jarpa; en "publicaciones de los órganos de prensa reaccionarios que han inventado costos imaginarios de la producción por libra de cobre" —los mismos costos que después resultaron ser verdaderos—; en "los anuncios de esa prensa comprometida en la conjura antichilena que informaron de una supuesta alza de la cotización del dólar de corredores" —la misma alza que se produjo a los propios días— y en una vaga imputación sobre "divulgación de rumores alarmistas".

Pero hay más: pocos días antes, el 5 de septiembre del año pasado, el mismo diario "El Siglo", órgano oficial del Partido Comunista, publi-

caba un editorial titulado "Posiciones Sediciosas". ¿Y qué era lo que denunciaba como tal? Los acuerdos adoptados por la Convención Médica Ordinaria del Colegio Médico de Chile respecto de la forma de aplicación de la ley de Medicina Curativa para los empleados.

Queda en claro, de lo dicho, que este Gobierno ha usado y abusado de las acusaciones de "sedición" y del calificativo de "sediciosos" para referirse simplemente al legítimo ejercicio de la oposición y para denostar a quienes discrepan de la gestión gubernativa, típica expresión del espíritu totalitario a que antes hacía referencia.

LAS ACUSACIONES DE FASCISMO

Ultimamente, esta campaña publicitaria ha tratado de crear la imagen de que el país estaría bajo la amenaza inminente del **fascismo**. Este sería el verdadero culpable del clima de violencia y de odios que está viviendo nuestra patria.

¿Corresponde esta campaña a la realidad? ¿Son **fascistas** todos los que de algún modo discrepan con el actual Gobierno? ¿Puede acusarse de "fascistas" a los comerciantes que hace algunos días cerraron sus negocios por 24 horas en señal de duelo por la muerte de uno de los suyos? ¿Son "fascistas" los muchachos estudiantes secundarios que protestan contra los abusos que se están cometiendo en los liceos?

Hace pocos días, el Senador comunista Jorge Montes reconocía en un debate que no todos los opositores son fascistas y que éstos son una minoría. ¿Cómo se pretende, entonces, atribuir a la acción del "fascismo" todo lo que la oposición hace? Hay en ello un evidente contrasentido.

No seré yo quien niegue la existencia de pequeños grupos de extrema derecha que, por responder a ideologías de carácter fascista, o simplemente por desesperación o por torpeza, caen en el juego del "enfrentamiento". Pero es claro que esos grupos no son representativos de la oposición, no determinan la conducta de los partidos opositores ni de sus órganos de prensa, y no tienen nada que ver con la Democracia Cristiana, principal fuerza política de la oposición al actual gobierno.

Pero el oficialismo se empeña en tildar de "fascistas" a todos los opositores y ha llegado hasta acusar al Congreso Nacional de "trinchera del fascismo".

Para demostrar lo absurdo de este ataque, basta reflexionar un poco.

El fascismo ensalza la violencia y la practica como método. Las guardias personales, los grupos armados partidistas y la imposición habitual del hecho consumado por la fuerza en vez de la razón, fueron características típicas de los regímenes de Mussolini y Hitler. El Parlamento es la negación de la violencia. En él se institucionaliza la aspiración del hombre a resolver sus problemas por la razón en vez de la fuerza, mediante el diálogo y no por las armas.

El fascismo genera en sus huestes el más fanático sectarismo. El fascista no concibe otra verdad que la suya y convierte en enemigo a todo el que discrepa. El Parlamento es escuela de tolerancia y convivencia democrática. En él luchan por sus anhelos de bien público hombres de distintos principios e ideas antagónicas y, en esa lucha, a menudo apasionada pero regida en último término por la razón, los adversarios aprenden a escucharse, respetarse e incluso estimarse humanamente como hijos de un mismo pueblo, al que cada cual procura servir según su conciencia.

El fascismo, por lo dicho, detesta al Parlamento, con el mismo furioso rencor con que la brutalidad odia a la inteligencia. En Alemania, Hitler llevó su encono contra el Parlamento hasta el incendio del Reichstag.

El fascismo es estatista. De Mussolini es la consigna: "todo dentro del Estado, todo por el Estado, nada fuera del Estado". Y esa consigna significa, a la corta o a la larga, el sometimiento de todos los aspectos de la vida humana al imperio arbitrario de la burocracia oficialista. El Parlamento nació y existe para encauzar la acción del Estado por los caminos del derecho, de modo de conciliar el logro del bien colectivo con el respeto a las libertades esenciales del hombre.

El fascismo es totalitario. Busca la totalidad del poder e impone la tiranía absoluta. El Parlamento es democrático y existe precisamente para evitar la tiranía, mediante la separación del Poder del Estado en distintos órganos cuyo contrapeso garantice la libertad.

El fascismo es mentiroso. Fue Goebels el gran campeón de la cínica máxima: "miente, miente, que algo queda". La propaganda concientizadora, el intento de destruir al adversario mediante el ataque personal, injurioso y vil, el show multitudinario como medio de impresionar y movilizar a las masas, son típicos métodos fascistas. En el Parlamento se desvanece la mentira, no sirve de nada la propaganda, el insulto es contraproducente y el show no tiene cabida, porque en su seno

todo debe pasar por el tamiz de la confrontación de opiniones a la luz de la razón.

El fascismo suscita el odio, encasilla a los hombres en dos bandos irreconciliables y anda en busca del enfrentamiento bélico. El Parlamento, a pesar de la pasión de sus debates, abre camino a la comprensión recíproca y al permitir expresarse a todas las opiniones y puntos de vista, conduce a soluciones pacíficas.

¿DONDE ESTAN LOS VIOLENTISTAS?

Chile tiene derecho a preguntarse: ¿dónde están, en esta hora crucial de nuestra historia, los que patrocinan la violencia, tienen guardias personales, organizan y amparan grupos armados e imponen por la fuerza hechos consumados? ¿Dónde están los confesos de sectarismo que continuamente hablan de "aplantar a los enemigos"? ¿Dónde están los detractores del Parlamento que no rehuyen ningún medio para desprestigiarlo? ¿Dónde están los que procuran estatizarlo todo y someter a todos los chilenos al dictado de burócratas oficialistas? ¿Dónde están los que reclaman para sí la totalidad del poder? ¿Dónde están los que mienten sistemática y constantemente, intentan concientizar al pueblo mediante la más grande maquinaria publicitaria que Chile ha conocido y procuran movilizar a las masas mediante bien montados shows? ¿Dónde están los que destilan odio en sus palabras, tratan de polarizar a los chilenos en dos bandos enemigos y hablan sin ambages del enfrentamiento?

Todo Chile sabe que no están en el Congreso Nacional, ni en los partidos políticos en él representados. En cambio, advierte a cada instante su presencia en sectores de ultraizquierda ligados al oficialismo por estrechos vínculos; en funcionarios, periodistas y personas muy cercanas al propio Presidente Allende; en autoridades y otros miembros de la Administración Pública, en altos dirigentes y numerosos militantes de los Partidos de Gobierno.

¿Quiénes mataron al estudiante Arnoldo Ríos en diciembre de 1970? Las brigadas de choque del Partido Comunista.

¿Quiénes mataron al estudiante Juan Millaonco el 3 de abril de 1971? Las brigadas de choque del Partido Socialista.

¿Quiénes mataron al agricultor Rolando Matus el 17 de abril de 1971? Grupos armados del Movimiento Campesino Revolucionario, integrantes del MIR.

¿Quiénes mataron al comerciante Raúl Méndez el 25 de abril de 1971? Miembros del grupo extremista denominado VOP que habían sido indultado por el actual Gobierno y que un mes después asesinaron al cabo de Carabineros Tomás Arnaldo Gutiérrez; luego, el 8 de junio siguiente, al ex Vicepresidente de la República Edmundo Pérez Zujovic, y pocos días después a los funcionarios de Investigaciones Gerardo Romero, Mario Marín y Carlos Pérez.

¿Quiénes mataron al carabiniero Jorge Cartes el 17 de junio de 1971? Miembros del MIR. El mismo grupo extremista, vinculado a altas esferas gubernativas, de cuyas filas salieron las balas que asesinaron cuarenta días después al agricultor de Rancagua, Gilberto González y, en noviembre del mismo año, al campesino de Melipilla, Enrique Hernández?

¿Quiénes mataron en enero de 1972 a los modestos agricultores Francisco Palominos, de Santa Cruz, y Raúl Quezada, de Teno? Ocupantes impulsados por activistas de la extrema izquierda.

¿Quiénes causaron los incidentes que costaron la vida a Eladio Caamaño el 12 de marzo de 1972, en Concepción? Los elementos oficialistas que impidieron la marcha de los partidos democráticos programada para ese día.

¿Quién mató a Enrique Núñez el 23 de mayo de 1972? Ocupantes de su industria a la cual intentó entrar para prevenir el estallido de las calderas.

¿Quién mató al obrero José Cristián Navarro frente al Hospital de la FACH el 26 de julio último? Un militante socialista, funcionario de Gobierno y protegido de la Dirección de Investigaciones, de apellido Benavente.

¿Quiénes intentaron volar la planta de Las Ventanas el 5 de agosto último? Extremistas de izquierda vinculados al Partido Socialista.

¿Quiénes provocaron los hechos que costaron la vida al poblador de Lo Hermida René Saravía ese mismo 5 de agosto? Grupos del MIR con quienes el propio Presidente Allende prefirió parlamentar.

¿Quién mató al cabo de Carabineros Exequiel Aroca el 30 de agosto recién pasado? Un individuo que disparó desde la sede del Partido Socialista de Concepción.

¿Quiénes asaltaron la Posta Central de la Asistencia Pública el 5 de este mes? Militantes del Partido Socialista, encabecados por un miembro del Comité Central de ese Partido y en un vehículo de propiedad del mismo.

Todos estos crímenes son pruebas irrefutables de que los métodos fascistas, la provocación a la

violencia y el clima de odios que Chile está viviendo, nacen precisamente de individuos y organizaciones vinculadas al Gobierno y de algunos de los mismos partidos de la llamada Unidad Popular.

AL BORDE DEL ENFRENTAMIENTO

Es claro que por este camino no puede llegarse a otra meta que el enfrentamiento. Una vez más, las palabras del oficialismo resultan desmentidas por los hechos. Se habla mucho del peligro de una guerra civil que se dice querer evitar a toda costa; pero no se hace otra cosa que empujar al país hacia un enfrentamiento violento.

Recientes documentos emanados de los Partidos de Gobierno, confirman este aserto con su lenguaje virulento, sus odiosos insultos contra personeros de la oposición y sus provocadoras amenazas. La Juventud Socialista anuncia su decisión de castigar "a los pijecillos cobardes y acartonados" y al "delirante sedicioso de Hamilton" con "la dureza del puño del pueblo", llama a "parar el país" y anuncia que "no los detendrán hasta alcanzar todo el poder". Las Comisiones Políticas de los Partidos Socialista y Comunista acusan a la oposición de una serie de hechos que podrían conducir al país "a una guerra civil" y el Comité Ejecutivo de la Unidad Popular llama a sus militantes a movilizarse para "aventar la asonada fascista", constituir "comités contra la sedición y el fascismo", "equipos de autodefensa por manzanas" y, si fuera necesario, "ir al paro de todos los trabajadores, con ocupación de fábricas, predios, servicios y faenas".

Si a esto se agregan las decisiones arbitrarias del Gobierno al silenciar algunas radios y al negar a los partidos opositores el ejercicio del derecho de reunión, y las amenazas de altos personeros del régimen de lanzar "cuarenta o cincuenta mil pobladores" contra ciertos barrios de Santiago, queda en evidencia, para el más equilibrado y sereno de los analistas, que es el propio oficialismo el que se encuentra empeñado en estimular un clima de violencia que ponga al país al borde del enfrentamiento.

Como esta conducta resulta tan irracional, uno se encuentra en la necesidad de meditar sobre ella para encontrarle alguna explicación. Y la única verosímil a que el examen lógico puede conducir es la de que algunos sectores muy importantes del oficialismo, encabezados por los propios dirigentes máximos del Partido Socialista, están tan convencidos del fracaso de su régimen, de que

la gran mayoría del país los repudia y de que en marzo van a sufrir la más abrumadora derrota, que prefieren provocar antes un enfrentamiento violento que les permita salir del poder como víctimas en vez de ser echados por la expresión libre de la voluntad popular. Así podrían lograr que la actual experiencia no dejara a Chile vacunado contra el marxismo-leninismo y éste pudiera renacer como esperanza revolucionaria al cabo de algunos años, cuando se hubieran ya olvidado el desabastecimiento, las alzas, los atropellos y las arbitrariedades.

Esta estrategia "catastrofista" —que pareciera ser la del MIR y de los sectores dominantes en el Partido Socialista—, ofrece, además, una posibilidad de salvar al régimen: la de que algunos sectores de la oposición caigan en la trampa de salirse de la vía democrática e impulsar una abierta y verdadera sedición, lo que permitiría al marxismo-leninismo contar con el respaldo de las Fuerzas Armadas para consolidarse en el poder. Todo indica que ésta es la tesis del Partido Comunista, que se funda en la tradición de nuestras Fuerzas Armadas, de celosas garantizadoras del orden constitucional.

Así se explica la cadena sistemática, reiterada y majadera de provocaciones de toda clase, verbales y de hecho, mediante propaganda publicitaria, movilización de masas y acciones administrativas y políticas, abusos y discriminaciones, persecuciones y amenazas, a que el Gobierno y sus partidos están sometiendo desembozadamente a lo que califican de "capas burguesas" de la población chilena. Obviamente se procura exasperar a la gente para que su indignación estalle y se concrete en hechos que permitan justificar las acusaciones de "conspiración" o "sedición".

Quienes hablaron por vez primera del riesgo del "enfrentamiento" y rasgan vestiduras ante su peligro, procurando presentarse como sus mayores enemigos, actúan, sin embargo, de manera tal que van empujando sistemáticamente al país hacia ese enfrentamiento. Es lo que la oposición democrática debe comprender claramente. Los que, consciente o inconscientemente desesperan de las vías constitucionales y preconizan otros caminos, le hacen el juego a la estrategia oficialista.

AMBIGÜEDAD PRESIDENCIAL

Dentro de este cuadro, lo más inquietante es la ambigüedad del Sr. Presidente de la República. El habla cada vez que puede de su propósito de construir en Chile el socialismo "en democracia,

pluralismo y libertad" y de su acatamiento a la Constitución y a las leyes; pero tolera inmutable y, al parecer, complacido, las "diabluras" de sus colaboradores y partidarios que ostensiblemente se salen de ese camino, atropellan la Constitución y las leyes y preconizan la violencia.

No es necesario dar ejemplos. Las prohibiciones discriminatorias para que los partidos de la oposición ejerzan el derecho de reunión, las clausuras de diversas radios, la tolerancia administrativa frente a los grupos armados de ultraizquierda y a las acciones delictuosas de las brigadas de choque de los partidos oficialistas, las requisiciones e intervenciones arbitrarias de predios, fábricas y aún diarios y radios —representadas por la Contraloría como contrarias a derecho—, los despidos injustos de trabajadores de las empresas requisadas e intervenidas, el uso del Canal Nacional de Televisión y del diario "La Nación" —ambos propiedad de todos los chilenos— como tribunas político-partidistas para concientizar a la población y sembrar el odio entre los chilenos, son algunas de las muchas burdas violaciones del orden constitucional y legal que se cometen a diario por colaboradores del Presidente de la República, algunos muy cercanos a su persona, que él no puede ignorar y que con su silencio complaciente y, a veces, aún con actitudes expresas, es indudable que él consiente.

Frente a esta permanente contradicción entre lo que el Presidente de la República dice y lo que su Gobierno hace, cobran actualidad algunos conceptos vertidos por el Sr. Allende en la entrevista que le hizo Regis Debray, publicada en la revista "Punto Final" en marzo de 1971, que acaso den la clave de su conducta. Refiriéndose al Estatuto Constitucional de Garantías Democráticas que el entonces Senador Allende aceptó —según sus palabras— como "la **regla moral** de un compromiso ante nuestra propia conciencia y ante la historia", el periodista le preguntó: "¿Era imprescindible negociar este Estatuto de Garantías Democráticas?", a lo que el Sr. Allende contestó textualmente: "Sí, por eso lo hicimos. Sigo convencido que fue correcto producir ese Estatuto de Garantías, pero es conveniente aclarar que no es justo usar la palabra negociación, por cuanto nosotros no cedimos una línea de nuestro programa de gobierno. Ubícate en el período en que se produjo ese Estatuto y lo medirás como una **necesidad táctica**". Y terminó expresando: "**En ese momento lo importante era tomar el Gobierno**".

"Regla moral" o "necesidad táctica": ¿en qué quedamos? ¿A quién dijo la verdad el sr. Allende? ¿Cuál es su auténtico pensamiento?

Pero hay más. En esa entrevista el sr. Debray le preguntó: "Actualmente y hasta hoy, se ha dado a la legalidad un uso revolucionario ¿pero hasta cuándo se podrá actuar así?" A lo que el Presidente desarrolló la tesis de que sería necesario agotar las vías legales para contener la sedición, pero que en definitiva ésta se saldría de madre y justificaría el empleo en su contra de la violencia. Textualmente dijo, repitiendo una frase que parece serle muy grata: "A la violencia reaccionario vamos a contestar con la violencia revolucionaria, porque **sabemos que ellos van a romper las reglas del juego**".

Esto significa que el Sr. Presidente de la República, a los dos meses de haber asumido el mando, daba como un hecho que algunos sectores de la oposición se saldrían de la ley. Lo señaló como una **necesidad histórica** ineludible, como una fatalidad. Y sobre esa base, supuesto ese hecho, justificó desde entonces que pudiera desencadenarse la violencia revolucionaria.

Cuando uno recuerda estas palabras, los documentos de OLAS, y del Partido Socialista a que se ha hecho referencia y las múltiples amenazas de destacados personeros del oficialismo, tiene derecho a pensar que cuando se habla tanto de "escalada fascista y sediciosa", cuando se trata de crear un clima de alarma sobre una supuesta violencia de la oposición, se está tratando simplemente de buscar un pretexto para justificar la llamada "violencia revolucionaria".

¿Está en este juego el Sr. Presidente de la República?

Las apariencias lo condenan. Pero la jerarquía de su cargo, el juramento que prestó al asumirlo, la fé que en sus solemnes compromisos hizo la Democracia Cristiana al darle los votos para que fuera elegido por el Congreso Pleno, el respeto a su pasado y su posición ante la historia, le imponen la obligación de aclarar esta ambigüedad en que está viviendo. El pueblo de Chile tiene derecho a exigirle que se defina de una vez por todas y categóricamente: o está con la violencia y ampara las táticas de arbitrariedad, atropellos y enfrentamiento patrocinadas por su propio Partido, o es fiel a sus compromisos con el pueblo, a su juramento de respetar la Constitución y las leyes y a la propia dignidad del cargo que desempeña.

RESPONSABILIDAD HISTORICA

Vivimos una hora en que cada cual debe asumir su responsabilidad en forma clara y sin reservas. Chile está siendo destruido física y moralmen-

te por la acción nefasta de la incapacidad, el sectarismo y el odio.

Todos los chilenos tenemos una cuota en la tarea de evitar que este proceso se consume y conduzca a nuestra patria a un abismo. Las tradiciones de Chile, la cultura de nuestro pueblo, la solidez de nuestra institucionalidad, son las bases en que debemos afirmarnos para recuperar el camino.

Esta responsabilidad recae, especialmente, sobre el ciudadano llamado por la Constitución Política a "administrar el Estado y ser el Jefe Supremo de la Nación", y sobre quien pesa el deber de "conservar el orden público en el interior y la seguridad exterior de la República, de acuerdo con la Constitución y las leyes".

En el cumplimiento de este deber tienen especial vigencia los conceptos contenidos en el comunicado que emitió el General Evaldo Rodríguez, Jefe de la Plaza de Concepción, la víspera del 4 de Septiembre:

"Nunca se insistirá lo bastante para que se entienda que las legítimas aspiraciones de los diversos sectores ciudadanos sólo pueden hallar su

cauce eficaz a través de los canales institucionales y constitucionales de un Estado de Derecho; que la justicia, en todas sus manifestaciones, es la única garantía de una evolución social que nos lleve a la plena realización de nuestro propio destino; y que con nuestra historia la hicimos y debemos hacerla todos juntos y en paz. Con dinamismo, pero sin desmesurada impaciencia; con energía, pero sin violencia; con valor, pero sin insensatez: con libertad, pero sin libertinaje. En una palabra, como chilenos: democráticos, altivos, libres, civilizados y legalistas.

"No es tampoco ilusorio esperar la cooperación de todos los ciudadanos, ya que la fuerza es el brazo armado del derecho y ninguna seguridad puede ofrecerse unilateralmente si todas las partes comprometidas no están dispuestas a cumplir con sus obligaciones".

Ojalá quienes tienen la responsabilidad del Gobierno de este país y principalmente el Jefe del Estado, hayan leído y meditado en todo su alcance esas sabias palabras, saque de ellas todas las consecuencias que entrañan y actúen haciendo honor al deber superior que les compete en esta hora de Chile.

EN VENTA LA 2ª EDICION DE

ITINERARIO DE UNA CRISIS

**ALVARO BARDON - JORGE CAÑAS - SERGIO MOLINA - ANDRES
SANFUENTES - JOSE LUIS ZABALA**

COMPLETO Y DOCUMENTADO ANALISIS

DE LA

REALIDAD ECONOMICA DEL PAIS

PIDALO EN LAS LIBRERIAS O EN ALONSO OVALLE 766 - 4º PISO

La participación integral

Jesús Ginés Ortega

Siguiendo la marcha de los acontecimientos económicos y políticos en que se encuentran muchas empresas en el país, la "participación" viene a constituirse en palabra mágica que allana cualquier dificultad. Frente a la antigua empresa capitalista, donde unos pocos controlaban, decidían y se beneficiaban de los frutos, ahora "todos" hablan de la empresa de participación donde todos controlen, decidan y se beneficien de los frutos del propio trabajo.

Pero la verdad actual es muy distinta si se tiene en cuenta que un nuevo nominalismo está tratando de arrasar con los mejores proyectos e intenciones de verdadera participación que propicia, defiende y exige la Democracia Cristiana.

Para los marxistas, partidarios del control del poder por el partido y no por el pueblo, así como para los capitalistas, la participación en términos globales no es otra cosa que un nombre al que se recurre, para ocultar bajo él los propósitos dictatoriales o individualistas.

La Democracia Cristiana, basada en su concepción personalista y comunitaria, está proponiendo un sistema concreto dentro del campo de la actividad económica, que responde a criterios mucho más amplios; la actividad social, cultural y política, que ha venido largo tiempo proponiendo como modelo de una nueva sociedad.

Es que la participación en la empresa, o la empresa de trabajadores que en definitiva es lo mismo con nombre distinto, es solamente un símbolo de la más amplia participación que correspon-

de al ciudadano que vive en una sociedad abierta en lo cultural, en lo político y en lo religioso, etc.

El Partido Demócrata Cristiano está mostrando una vez más su fidelidad a una filosofía sobre el hombre y la sociedad, donde las bases están puestas en la integración de todos los valores, anhelos y posibilidades de cada hombre. Se trata de una proposición que solamente culmina en una participación integral. En la medida en que la empresa de trabajadores sea un medio para lograr una mayor participación en los ámbitos social, cultural, político, etc., tendremos verdaderamente una meta cumplida.

¿QUE ES PARTICIPAR?

En sentido genérico, participar es tomar parte de o en algo o con alguien. Esto implica necesariamente una doble vertiente de receptividad y de actividad. Existe por tanto un aspecto de pasividad y otro de acción en quien participa. Se dice que un hombre participa cuando asiste a una reunión, escucha un discurso, así como cuando es él quien congrega o pronuncia el discurso.

El hombre, como ser complejo, en todas sus relaciones mantiene una constante relación de donación y aceptación. Por su mismo espíritu comunicativo, inteligente y afectivo, el hombre se ve constantemente "absorbido" e "inserto" en la sociedad humana; y en medio de estas absorciones